

En nombre de la Corporación que presido, agradecería a usted se sirviera indicarme cuál es el fundamento de ese dato consignado por usted en su tesis, dato que para el suscripto es del todo equivocado.

Con este motivo saluda a usted con su mayor consideración.

ALFREDO VIDAL Y FUENTES,
Presidente.

José Mainginou,
Secretario.

Discurso pronunciado por el doctor José Mainginou declarando clausurada la 2.^a Conferencia Antituberculosa celebrada en la ciudad de Minas en los días 20 a 25 de febrero de 1916.

Señor Presidente de la Conferencia. Señores Delegados.
Señores:

Un pensador ilustre de la Francia contemporánea, crítico y publicista eminente que brillara con luz sideral en el vasto firmamento de las ciencias y las letras, Brunetière, proclamó hace cuatro lustros, desde la alta Tribuna del Instituto de Francia, la bancarrota de la ciencia.

Un siglo antes, el sombrío filósofo ginebrino, Juan Jacobo Rousseau, que la posteridad ha inmortalizado, dada la influencia poderosa que sus doctrinas revolucionarias ejercieran en la génesis y desarrollo de los extraordinarios acontecimientos que señalaron la última mitad del siglo XVIII, pronunció, a semejanza del pensador citado, su anatema contra la ciencia, sosteniendo, con raro talento y habilidad genial, ante la Academia de Dijón, la tesis de que la ciencia y el desenvolvimiento de las artes son contrarias al perfeccionamiento moral del hombre, puesto que corrompen las costumbres y pervierten los sentimientos.

En época más cercana a nuestros días, en el último tercio de la pasada centuria y en los primeros albores del presente

siglo, un célebre escritor, filósofo y moralista, que dedicara su existencia toda a redimir su patria del yugo de la autocracia que envilece y corrompe la conciencia humana; cuya esclarecida personalidad se destaca con los contornos de un apóstol consagrado por la justicia a la posteridad, como merecido homenaje a su vida abnegada y al altruismo generoso de sus humanitarias doctrinas; cuya prédica y ejemplo proyectan una sombra piadosa, refugio apacible y consolante para las almas ávidas de una parte de felicidad a que tienen derecho quienes dignifican la vida noblemente vivida, inspirados en el deber que es abnegación y sacrificio, y en el sentimiento del amor, que es bondad y belleza, justicia y tolerancia, respeto y piedad: Tolstoi, que es el escritor aludido, eleva su voz contra la ciencia acusándola de inútil para la resolución de los principales problemas que más preocupan a la humanidad, y la acusa también de que todos sus deslumbrantes progresos no sólo no han mejorado la situación del hombre sino que, por el contrario, han empeorado la de una gran parte de la humanidad.

Es que para el eximio escritor ruso, el nombre de verdadera ciencia no puede ser dado sino al conocimiento de lo que constituye el fin del hombre y de los medios de alcanzar la felicidad de cada individuo y de la humanidad entera. Según Tolstoi, esa sería la ciencia que serviría de hilo conductor en la determinación del papel de todas las otras ciencias.

Sin el conocimiento del fin de la vida y de lo que debe constituir la dicha del hombre, todos los otros conocimientos y artes se convierten, para el citado escritor, en un entretenimiento no sólo inútil sino perjudicial. Vemos, pues, que el principal agravio de Tolstoi contra la ciencia, la cultura y el progreso, se reduce (según lo ha dicho Metchnikoff), a la impotencia de la ciencia para resolver los más difíciles problemas, a saber: el verdadero fin de la existencia humana; la definición de la verdadera felicidad, hacia la cual debe tender la humanidad. Tolstoi, como Brunetière y tantos otros pensadores, formulando de tal suerte la detractora crítica contra la ciencia,—la ciencia que por antinomia ha ensorbecido al hombre no obstante haberle hecho ver su insignificante pequeñez ante las armonías estupendas y maravillosas del Universo, que exterioriza en las admirables leyes que lo rigen la más sugerente demostración de su grandiosidad e infinita belleza,—reabren así, los nombrados pensadores, la campaña desde largo tiempo iniciada, contra la ciencia.

Juan Jacobo Rousseau, en el siglo XVIII, la dirige con una habilidad y talento que le ha valido la celebridad. Defiende su tesis con un vigor y una elocuencia sorprendentes, capaces de impresionar por el tono de convincente sinceridad, pero impotente para detener los progresos de la ciencia que, precisamente, según lo hace notar Metchnikoff, fué al finalizar el siglo XVIII, que se realizan los primeros progresos estables. A este respecto no hay más que recordar el sistema del mundo, de Laplace, y los fundamentos de la Química y de la ley de la conservación de la materia, por Lavoisier.

Ahora bien: al levantarme para declarar clausurada la 2.^a Conferencia Antituberculosa realizada bajo los auspicios de la Liga Uruguaya, en cuyo nombre tengo el honor de hablar, al ponerme de pie para agradecerlos, señores Delegados, en acción de pláceme, a vosotros que habéis contribuido con vuestra inteligencia, saber y experiencia, al éxito brillante y halagador de la tarea realizada por esta Conferencia, que señalará una página hermosa en la obra humanitaria en que se halla empeñada la Liga Uruguaya contra la Tuberculosis, en la cruzada redentora contra el flagelo de la Peste Blanca, permitidme que embargue por breves momentos vuestra atención para deciros lo que hay de verdadero y de falso en la detractora acusación contra la ciencia, formulada por tan altos exponentes del intelecto humano.

Señores: desde los más remotos tiempos y desde las más antiguas civilizaciones de cuyas informaciones históricas podemos disponer, ha existido siempre en el hombre la idea obsesionante de su dicha, y a la realización de ese anhelo de felicidad, el hombre ha puesto de parte suya cuanto medio tenía a su alcance.

En la India y el Egipto, países de castas en que todo, al decir del ilustre Jules Simón, estaba encadenado dentro de una jerarquía inflexible, los sacerdotes guardaban en la sombra de su santuario el secreto del dogma de su religión que debía dar al hombre la dicha esperada, y solamente hacían conceer al pueblo groseras supersticiones que mantenían en la ignorancia a las castas inferiores.

Entre la India y el Egipto hubo un pueblo confinado en estrecho territorio, pobre, sin comercio, sin industria, sin gloria militar, poco versado en las ciencias, reales o imaginarias, que entonces constituían el prestigio de las castas, destinado, según lo ha dicho el sabio escritor citado, a transformar el mundo: era el pueblo judío, que durante muchos siglos ha estado esperando la llegada del Mesías y con él la ansiada felicidad.

El pueblo griego, que por espacio de cerca de mil años su historia fué la historia del mundo entero; pueblo movable, embriagado por las auras de la Libertad, enamorado de la Belleza, adorándola con veneración religiosa en las formas plásticas del Arte, lo que dió a los griegos a través de las edades el prestigio de su superioridad en los dominios artísticos,—este grandioso y sin igual pueblo no alcanzó, como no alcanzaron los filósofos romanos, ni la filosofía escolástica de la edad media, el secreto de la clave para descifrar el enigma de la felicidad humana; acariciado ensueño de un ideal que ha constituido la obsesión dominante del espíritu humano, desde las más remotas edades y desde las más embrionarias civilizaciones hasta la época presente, en que aún el hombre se debate por conocer el secreto de su destino y los medios de alcanzar la dicha que ya debería poseer, por cuanto han sido muchas las pruebas a que se le ha sometido a través de las épocas, condenado a larga y cruenta peregrinación, cual Judío Errante en su marcha penosa e incierta hacia lo desconocido.

Vanos han sido también todos los esfuerzos de los filósofos del siglo XVIII que buscaban sustituir los principios puramente racionales a las bases religiosas, como única guía de la conducta de los hombres.

La historia de la evolución de los conocimientos humanos, demuestra acabadamente las fluctuaciones a que ha estado sometido el espíritu de la humanidad en su anhelo insaciable de alcanzar el ideal que, las religiones primero, luego las filosofías que de éstas derivaron, y más tarde la ciencia, le han prometido vanamente al hombre en su brevísimo y fugaz paso por la tierra, sin que hasta ahora nada ni nadie le haya brindado el secreto de su oculta finalidad, ni forjádole los medios adecuados para conseguir la felicidad por la cual ha luchado desesperada e inútilmente esa *entidad*, que según la hermosa y bella frase de Pascal, la constituye la serie de los hombres durante el curso de tantos siglos, debe ser considerado como un mismo hombre que subsiste siempre y que aprende continuamente.

Señores: Es incontestable que la humanidad actual experimenta una especie de malestar general, a pesar de hallarse en condiciones más ventajosas que en los pasados siglos para el mejor cumplimiento de un gran número de funciones; pero ello no obsta a que el hombre se encuentre desorientado cuando tiene que exigir una norma de conducta de su vida y precisar sus relaciones con las diversas categorías de individuos,

familia, pueblo, raza, humanidad entera. Sin desconocer los inmensos progresos alcanzados por la ciencia, se manifiesta frecuentemente contra ella un profundo descontento.

La ciencia ha, ciertamente, mejorado muchísimo las condiciones materiales de la existencia humana, pero ella es impotente cuando se trata de resolver cuestiones morales o filosóficas que interesan en el más alto grado a los hombres de espíritu cultivado.

Así se expresa y así lo entiende el profesor del Instituto Pasteur, Metchnikoff, agregando el ilustre sabio, que la ciencia no ha hecho, desde este punto de vista, más que demoler las bases religiosas, arrebatándole a la humanidad el consuelo que le ofrecía la religión, sin poder poner en su lugar alguna otra cosa más precisa y estable, más sólida e inmovible. Mucho antes que Metchnikoff, el sabio filósofo e historiador eminente, Renán, supo decir, que la ciencia no ha hecho hasta ahora más que destruir. Aplicada a la Naturaleza, ha destruido su encanto y su misterio; presentando formas matemáticas allí donde la imaginación popular veía vida, expresión moral y libertad. Aplicada a la historia del espíritu humano, ha destruido aquellas poéticas supersticiones de individuos privilegiados que tanto complacían y admiraban a la semi-ciencia. Aplicada a las cosas morales, ha destruido las consoladoras creencias que nada puede sustituir en el corazón que las sintió.

Se comprende, pues, que, dado el estado de cosas existente, ciertos filósofos hayan tratado de resolver la cuestión de saber si el hombre es más feliz en el estado de barbarie o en el de civilización. Y así es que Le Dantec, ha podido decir que es evidente que esta cuestión no podría ser resuelta de una manera absoluta; hay mucho en pro y en contra, y todo depende del punto de vista en que uno se coloca.

Una única conclusión, dice Le Dantec, que podemos sacar, es que la costumbre del bienestar proporcionado por la industria y el comercio hace a los hombres solidarios unos de otros; cuanto más progresa la industria y más extiende su dominio la ciencia, más disminuye la independencia de cada individuo.

El labrador atrasado de las colinas bretonas, es más libre, agrega el sabio profesor de la Sorbona, que los habitantes de las grandes ciudades; abona su pedazo de tierra con el estiércol de sus bestias, y produce en su campo todo lo necesario a su alimentación; sólo por el vestido depende de la colectividad. Por el contrario, el habitante de las grandes ciu-

dades espera todo de los demás; no puede de ningún modo bastarse a sí mismo, y, si los demás hombres cesan de trabajar, muere de hambre y de frío. En el estado de barbarie es en el que el hombre goza de mayor libertad.

Este fenómeno sociológico tan admirablemente descrito por Le Dantec, se encuentra reproducido fielmente en nuestro medio, comparando la vida apacible, sin zozobras ni amarguras, del hombre de nuestra campaña, con la de los hombres de nuestras ciudades, rodeados de exigencias mayores, teniendo que hacer frente a una concurrencia más intensa, que dificulta enormemente la lucha sin tregua por la existencia, de suyo difícil y complicada para los que viven en un medio tan diversificado que reclama las aptitudes de una mentalidad equilibrada, las sanas inspiraciones de un corazón bien puesto, y las energías de una férrea voluntad para poder tomar rumbo orientándose hacia el verdadero sentido de la vida, sin padecer desfallecimientos que lleven a claudicar de los principios de una severa moral, a impulso de innobles pasiones en que la ambición desmedida y el afán inmoderado de lucro han modelado una psicología de seres enfermos, incapaces de elevarse a la altura que señala el deber; enalteciendo la vida y dignificando el alma humana en el culto de la decencia moral, sin la cual no se llegará a la perfección del espíritu y al mejoramiento de la existencia a que deben tender los esfuerzos y aspiraciones todas del hombre.

Es en el culto de la verdad, de la justicia y del amor, donde se forman los caracteres templados para la práctica consciente del bien, y se modelan las almas para el sacrificio generoso y altruista que con frecuencia exige el abnegado cumplimiento del deber; infalible guía que enseña al hombre la exacta orientación hacia su finalidad y su destino, haciéndole apreciar el verdadero sentido de la vida, indicándole el camino de su perfeccionamiento moral, único modo de poder forjar los medios adecuados para alcanzar la realización soñada de su ideal en la tierra.

No habiendo la ciencia hecho más feliz al hombre, y defraudado las esperanzas de que ella le depare al hombre venidero la dicha, bien se comprende que filósofos y pensadores, movidos por sentimientos altamente generosos, hayan tentado en dirigir los esfuerzos del espíritu humano hacia una orientación distinta de la seguida hasta ahora. Y hayan creído poder alcanzar la solución del magno problema de la felicidad; unos, pretendiendo resurgir la fe religiosa o mística; otros, como Metchnikoff, pidiendo a la experimentación

biológica las bases de una moral racional en armonía con la naturaleza del hombre.

La fe, factor poderoso en el determinismo de un gran número de actos conscientes; elemento de alto valor curativo por las reacciones nerviosas que su acción despierta en los organismos enfermos, y que ha hecho exclamar al sabio profesor de la Salpêtrière, Charcot, "la fe que cura", — ¿guardará ella el secreto de la felicidad humana, a pesar del fracaso de las pasadas edades?

Sea de ello lo que fuere, respetemos entretanto los esfuerzos de los que, movidos por su inmenso amor a la humanidad, aspiran a crearle al hombre una existencia más feliz y dichosa que la vivida hasta el presente; y esperemos sin desalientos, confiando en el triunfo de la ciencia, días mejores; pero en la firme convicción de que la ciencia seguirá, como hasta ahora, impotente para dar la solución exacta del problema de la felicidad del hombre, si junto a sus verdades científicas o verdades de medida, como las denomina Hipólito Poincaré, no se desenvuelven armónicamente las verdades morales, factor esencialísimo de la verdadera y noble cultura del espíritu.

Si'n duda no es dado a todos los hombres elevarse hasta las altas regiones del pensamiento, ha dicho el sabio médico Dubois; pero existe un dominio en que la cultura encuentra un vasto campo de actividad, un terreno preparado, es el de la inteligencia moral (Dubois); y a ella llegaremos por medio de la educación, fomentando y desarrollando las inclinaciones innatas que se tuvieren por el sentimiento del bien o corrigiendo por medio de una *ortopedia moral* (Dubois) los vicios y defectos adquiridos por influencias ancestrales.

Hagamos obra de amor, que sólo es posible cuando se posee el sentimiento de la bondad, engendradora de simpatías y de todas las otras virtudes, de la que ha podido decirse: No hay más que una virtud, es la bondad (Dubois).

En tal sentido, la Liga Uruguaya contra la Tuberculosis, es un factor de cultura moral, escuela de útiles enseñanzas, por cuanto en la lucha contra el mal, despliega una acción múltiple, en la que se unen, en admirable consorcio, los principios de la ciencia a los sentimientos generosos; preservando a los sanos, curando o mejorando a los enfermos, y consolando siempre a los que en el cruento poema del batallar por la vida, han caído heridos por el terrible flagelo que diezma sin piedad, sembrando la muerte y dejando en la raza los estigmas indelebles y las taras de miserias físicas y morales.

La Liga hace obra de amor y de intensa simpatía por los que sufren.

Lo dice con más verdad que mis palabras la abnegada intervención de la mujer, a la que debe la Liga gran parte de sus prestigios, de sus recursos y de sus éxitos. Es ella, la mujer, la que con piadosa ternura lleva al hogar del desdichado, del enfermo, en las horas de melancólica tristeza, la palabra dulce y consolante de una próxima mejoría que le devolverá la salud y la alegría, cuyo anhelado beneficio habría recibido él como un don del cielo cuando lo imploraba en sus fervientes plegarias.

Es ella, la mujer, que junto al rayo de celeste esperanza con que ilumina el hogar sombrío y triste del tuberculoso, le lleva el abrigo con que se defenderá de los rigores del invierno, inclemente y cruel para con el desgraciado que, como las hojas secas, siente la frialdad de la próxima fatal caída.

Señores: A nombre de la Junta Directiva de la Liga Uruguaya contra la Tuberculosis, me es altamente honroso dejar constancia una vez más de la acción meritoria de la mujer en la humanitaria cruzada contra el mal que combaté, y me complazco en poder, en esta ocasión, grata a mis sentimientos, llenar ese deber de sentido reconocimiento. Agradecimiento que me congratulo en hacer extensivo a la Comisión Departamental de la Liga de Minas, por el celo e inteligencia con que ha llevado a cabo la celebración de esta Conferencia, y también a todos los elementos representativos de esta culta sociedad, de la que llevamos los más gratos e inolvidables recuerdos de las gentilezas y simpatías con que generosamente nos han agasajado en nuestra brevísima estada en este hermoso pedazo de tierra nativa, de cuyas muchas bellezas y encantos, bien pueden estar orgullosos sus hijos.

Señores: En nombre de la ciencia que da los medios de combatir el mal; en el de la fe, que mantiene las energías necesarias para proseguir sin desalientos en la lucha, y en el de los bellos sentimientos que ennoblecen la personalidad humana, hago vehementes votos para que la acción altruista del pueblo y de los Poderes de la Nación, que siempre fué generosa con esta filantrópica institución, estrechen sus vínculos de solidaridad, aunando los esfuerzos con que debe intensificarse la cruzada.

Acción conjunta, que ya ha dado óptimos resultados en bien de la colectividad y para honra y gloria de esta hermosa y querida tierra que cuenta con una raza que no sabe qué admirar más: si las rebeldías de sus altos ideales patrióticos, o los sentimientos enaltecedores de su alma generosa.